

Los yacimientos de Covaza y Picarana (Pitillas, Navarra). Algunos datos sobre la Edad del Bronce en la Navarra Media

JESÚS SESMA SESMA
M^a LUISA GARCÍA GARCÍA

La investigación sobre la Edad del Bronce en Navarra ha deparado en los últimos años varios trabajos de síntesis comarcales en los que, tomando como base prospecciones intensivas planificadas a medio plazo y en combinación con excavaciones y sondeos puntuales, se está descubriendo un panorama del II milenio a. C. en esta zona peninsular que dista bastante de lo tradicionalmente aceptado (citaremos como ejemplos más característicos SESMA, J. y GARCÍA, M^a.L. 1994 y CASTIELLA, A. et alii. 1999). Aunque ya la tesis doctoral de M^a A. Beguiristáin planteó vías de investigación novedosas en aspectos como el origen de las estructuras de habitación estables, el ritual funerario, etc. (Beguiristáin Gúrpide, M^a. A. 1982), lo esbozado en este trabajo precisaba de una importante labor de caracterización y profundización, tareas en las que tanto la publicación de excavaciones y/o sondeos recientes apenas divulgados (Monte Aguilar, Puy Águila I y IV, Diablozulo, Aparrea, Paternanbidea, etc.) como la profundización en trabajos de prospección, vienen ayudando en gran manera.

Este breve artículo pretende dar a conocer dos nuevos yacimientos de la Edad del Bronce, Covaza y Picarana, que consideramos característicos de esta época en la Navarra Media. Su interés resalta de manera notable, porque viene a demostrar cómo a partir de hallazgos de superficie y en unas condiciones concretas de conservación es posible recuperar una información valiosa.

El área donde se encuentran las localizaciones arqueológicas objeto de este trabajo es el piedemonte meridional de la Sierra de Ujué¹. Esta zona y en general toda la Navarra Media Oriental apenas ha sido objeto de investigaciones arqueológicas de campo aplicadas a la época prehistórica, excepción hecha de algunas prospecciones selectivas pioneras que han sacado a la luz los yacimientos arqueológicos que podrían considerarse más evidentes (Beguiristain Gúrpi-de, M^a A. y Jusué Simonena, C. 1986 y Castiella Rodríguez, A. 1986, que cita los sitios de la Edad del Hierro de Turbil, Santa Cruz, La Tejería y La Falconera). Estos trabajos abarcaban sobre todo los términos municipales de Beire, Olite y San Martín de Unx, es decir el reborde occidental de la sierra, quedando su prolongación hacia el sur sin hallazgos y resultando la Edad del Bronce un período sin localizaciones claras, a excepción de un hallazgo aislado de cerámica campaniforme en Pitillas (Sesma Sesma, J. 1993: 61).

CARACTERÍSTICAS GEOGRÁFICAS

El objeto de este apartado se dirige tanto a la descripción del entorno físico desde el punto de vista de las formas del relieve y los recursos naturales, como a la comprensión de la incidencia de ambos factores en la elección del emplazamiento de los yacimientos, que se diferencian notablemente, según se verá en el apartado final del texto, de lo conocido hasta la fecha para hallazgos de épocas posteriores.

Genéricamente el área donde se sitúan los yacimientos de Covaza y Picarana (Fig. 1) se define como un piedemonte, entendiendo como tal un basamento en forma de depresión que bordea perimetralmente a las sierras. Las formas de relieve a las que haremos referencia en este apartado son tres: la Sierra de Ujué, los glaciares del Piedemonte tafallés y las terrazas fluviales (Mensua Fernández, S. 1960: 32).

La *Sierra de Ujué* se define como una formación oligocena al sur de las cadenas pirenaicas exteriores (Alaiz y Leyre). Tiene forma de lomo amesetado y sobrepasa en poco los 700 m.s.n.m. Es buen reflejo de un relieve invertido, donde el fondo de un sinclinal ha quedado colgado por la erosión. De ahí la característica posición horizontal de los estratos que presenta la parte culminante de esta prominencia. Sus lados occidental y oriental han sido fuertemente erosionados por los barrancos que descienden hacia los cursos bajos de los ríos Zidacos y Aragón, configurando un paisaje escalonado con escarpes más o menos acusados, ocultos en sus extremos por las formaciones cuaternarias de los citados cursos fluviales. Hacia el sur termina en un frente festoneado que domina el piedemonte tafallés y se hace más brusco hacia el valle del Aragón (Floristán Samanes, A. 1978).

La composición litológica de esta sierra es la propia del Terciario continental de la Cuenca del Ebro en su *facies Artajona* y por ello está integrada en su mayor parte por limos y arcillas de tonos pardos y amarillentos, con capas de areniscas intercaladas. Estas areniscas corresponden a antiguas pa-

¹ Se va a prescindir de ofrecer datos precisos sobre su localización, para tratar de evitar, en la medida de lo posible, el expolio. Ambos yacimientos se encuentran catalogados en el Inventario Arqueológico de Navarra (con los códigos de inventario 2050003 para Picarana y 2050005 para Covaza), por lo que su localización exacta puede obtenerse atendiendo a los criterios de uno de esta base de datos.

leocanales de delineación meandriforme y potencia variable, mayor en la coronación que en las faldas, donde no llegan a los 2 m de espesor. Son rocas sedimentarias de arenas heterométricas de grano más bien grueso, aglutinadas por un cemento calcáreo, muy aptas como material constructivo². Esta litología ha producido un paisaje muy característico originado por la erosión diferencial sobre los tramos de arcillas y areniscas. Los primeros se encuentran generalmente cuaternizados, dando lugar a un relieve de suaves colinas y valles, mientras que las areniscas, más resistentes, ocupan con frecuencia las cumbres de barras y cuevas (VVAA, 1987).

El segundo elemento geográfico de la zona es el *piedemonte*. El tafallés, en cuyo ángulo S.E. se sitúa los yacimientos en cuestión, está recorrido por el curso inferior del Zidacos y constituido por un plano inclinado en dirección sur sin solución de continuidad con las bajas tierras ribereñas. Hacia el este el contacto con la Sierra de Ujué se realiza a través de extensos glaciais aluviales que penetran en la sierra siguiendo el curso de los torrentes. Entre estos glaciais resaltan algunos relieves residuales de areniscas que han escapado a la erosión remon tante, ocupados por yacimientos que arrancan desde la Edad del Hierro (Santo Domingo de Sabasán, Turbil, etc.). Al pie del reborde más meridional de la Sierra de Ujué, los glaciais, con su perfil ligeramente curvo, han posibilitado la formación de áreas con clara tendencia endorreica. Su máximo exponente es la laguna de Pitillas³, actualmente funcional. También hacia el norte de Santacara existe una zona que presenta evidencias de haber funcionado como endorreica durante el Holoceno, si bien en la actualidad se encuentra desecada.

Más hacia el S y al W se ubican los importantes depósitos de *terrazas* ligados a la red fluvial, en concreto los 5 niveles de terrazas del Zidacos y los 6 del Aragón. El Aragón se encuentra en este tramo en su curso medio distal, próximo a la desembocadura del Ebro. El Zidacos, afluente por la derecha del río Aragón, se presenta aquí en su curso bajo.

EL YACIMIENTO DE COVAZA⁴

Covaza fue descubierto por José M^a Esparza, natural de la localidad de Pitillas⁵, quien nos mostró cerámicas recogidas por él en este lugar en el año

² Es la llamada "piedra de Tafalla". Las labores de cantería gozan en la zona de gran tradición, que arranca al menos desde la Edad Media. En las múltiples afloraciones de esta roca se reconocen desde pequeñas extracciones artesanales (con sus sencillas trincheras, escombreras, cargaderos, etc.) hasta modernas canteras, pasando por extracciones especializadas (ruedas de molino, etc.).

³ La laguna de Pitillas, con sus casi 300 Ha de superficie, es la laguna esteparia más septentrional de España y una de las áreas de mayor concentración de avifauna del norte peninsular (YOLDI, P. y OTERO, X., 1985), lo que motivó su declaración como Reserva Natural por el Gobierno de Navarra (Ley Foral 6/1987, de 10 de abril). Se trata de una laguna de carácter estructural o morfológico —en una pequeña depresión originada por la inversión del relieve en los suelos cuaternarios, con un fondo de margas oligocenas muy impermeables y próxima al Zidacos, pero sin comunicación con él—, que en su estado actual se ha visto favorecida por la acción del hombre, que al menos desde 1204 construyó un pequeño dique para evitar las pérdidas de agua en los meses de recepción de mayor caudal (MENSUA FERNÁNDEZ, S. 1960: 78).

⁴ Hemos sustituido el nombre con que originalmente hicimos referencia a este yacimiento —Rincón de Covaza— (SESMA SESMA, J. e.p.) por el presente, para adaptar la denominación a la normalizada por el Gobierno de Navarra en la documentación toponímica recopilada en el Sistema de Información Territorial de Navarra.

⁵ Deseo desde estas páginas mostrar mi gratitud y reconocimiento a don José M^a Esparza por el interés mostrado en la investigación y conservación de estos restos arqueológicos.

1995. En junio de dicho año cursamos la primera visita de inspección, en la que pudimos evaluar el potencial que presentaba para la investigación arqueológica. En octubre de ese mismo año se cursó un informe sobre el hallazgo al Ayuntamiento de Pitillas⁶ y se dio la correspondiente noticia a la Sección de Bienes Muebles y Arqueología de la Dirección General de Cultura-Institución Príncipe de Viana. El hallazgo ha permanecido prácticamente inédito hasta la presente noticia, si exceptuamos referencias puntuales al mismo (SESMA SESMA, J. e.p.). A lo largo de este tiempo, hemos ido cursando visitas de inspección estacionales, a fin de comprobar si se producía una intensificación de los procesos erosivos, que pudieran afectar gravemente a los restos arqueológicos. No se aprecia que concurra esta circunstancia a corto plazo. Esto puede deberse al decrecimiento progresivo del aprovechamiento agrícola y ganadero de las tierras del entorno, ante la negativa coyuntura económica actual del secano extensivo cerealista y de la ganadería no estabulada en la Comunidad Foral de Navarra, y a la recuperación de la esquilhada vegetación de coscojares y romerales.

Los restos arqueológicos se identifican por la parte baja de una ladera o talud, al pie de un relieve en cuesta coronado por un frente de cornisa de areniscas terciarias, cuyo reverso mira hacia el NW (Fig. 2.1) A lo largo de aproximadamente 110 m (distancia que media entre las construcciones más distantes), es posible reconocer, desigualmente distribuidas, estructuras de habitación, en ocasiones aisladas en otras formando conjuntos, según se describe más adelante. La erosión ha lavado en determinadas ocasiones, sobre todo en las zonas más próximas al talud, los sedimentos constituidos por materiales más finos, haciendo aflorar los restos de cultura material y las construcciones en arenisca, de tal forma que resulta factible en bastantes casos dibujar, siquiera parcialmente, la planta de las viviendas. En otros casos, la acumulación de sedimento de arrastre y la extensión de la vegetación de romeral no permiten apreciar las circunstancias antes señaladas. Por último, se dan también casos en los que la denudación ha resultado tan intensa que ha llegado a desbaratar los restos arqueológicos, quedando un amasijo ruñiforme de piedras calcinadas y troceadas con materiales arqueológicos, en forma de testigos colgados. Todos estos indicios han sido objeto de un proceso de documentación, en el que se han sido clasificados en grupos y dibujado a escala sus plantas y dispersiones.

Hacia el sur, en una llanura ocupada por campos de cultivo y eriales, se extienden los restos arqueológicos a lo largo de al menos 30 m. En esta ocasión, sus dimensiones aproximadas se reconocen no tanto por la presencia de materiales arqueológicos en superficie, pues éstos se hallan sepultados bajo potentes niveles de limos: la erosión remontante del barranco de Picarana ha llegado a tajar la tierra verticalmente hasta notables profundidades (en el caso que nos ocupa hasta los 2,60 m. desde el nivel del suelo actual), permitiendo reconocer la secuencia estratigráfica del subsuelo. Es por ello que re-

⁶ En dicho informe se ofrecía una valoración crono-cultural y se informaba de la conveniencia de dotar al yacimiento de protección jurídica en la normativa urbanística municipal, de notificar a la autoridad competente cualquier actuación que pudiera afectar al Patrimonio Arqueológico, así como limitar la divulgación del hallazgo en tanto no se hubiera efectuado una actuación en profundidad por parte de investigadores capacitados para ello.

sulta factible el reconocimiento de la estratificación arqueológica del yacimiento en al menos tres frentes dilatados, sin que sea precisa la realización de sondeos arqueológicos.

Ofrecemos aquí una secuencia que podemos considerar como tipo (Fig. 2.2), que es reconocible al W de una parcela abandonada (Área B):

– Nivel I: Limos de arrastre formados por multitud de laminillas en disposición horizontal o subhorizontal, que llegan a alcanzar una potencia máxima de 1,05 m. Su formación obedece al arroyamiento laminar o difuso, que en épocas post-Edad del Bronce, y en condiciones climáticas cálidas y secas, rebajó suavemente la ladera orientada hacia el SE, haciendo aflorar los bancos de arenisca y originando una acumulación de material coluvial a su pie.

– Niveles arqueológicos II a VIII. Tienen una potencia conjunta de entre 48 y 65 cm. Bajo una capa de gravilla (nv. II), se define un nivel potente (entre 20 y 35 cm.) formado por arcilla marrón amarillenta (nv. III) que engloba a piedras areniscas en disposiciones variadas y que deben corresponder a muros desmontados. Este nivel sella otros inferiores, entre los que se distinguen capas de acumulación carbonosa (nv. IV) y de concentración de plaquitas de manteado de barro cocido por el fuego (nv. V), sobre un suelo de habitación constituido por arcilla apisonada y rubefactada con una fina película de ceniza sobre él (nv. VI). Este suelo cuenta con una capa de preparación constituida por arcilla marrón grisácea mezclada con piedrecillas (nv. VII). Se reconocen también algunas pequeñas cubetas (nv. VIII) excavadas en el terreno geológico, que no llegan a constituir auténticos depósitos en hoyo.

– Nivel IX. Nivel arcilloso de base, formado por limos y arcillas de colores pardos, con intercalación de capas de areniscas, formación característica de la Unidad Artajona, en la que se inscribe la zona (VVAA, 1987: 17).

Pero sin duda el aspecto más significativo y que puede presentar más novedoso para el conocimiento de la Edad del Bronce son las estructuras de habitación. Todas se levantan en piedra local, una arenisca marrón grisácea de grano grueso, muy abundante en el lugar. La descripción de las mismas, distribuidas por Áreas (Fig. 2.1), es como sigue:

– Área A. Se reconocen dos estructuras.

Estructura A1. Construcción delimitada por una alineación de piedras hincadas. Define una planta rectangular de orientación ENE-WSW, rematada por una cabecera absidal. No se reconoce en su totalidad, pues se encuentra parcialmente desmontada por una barranquera poco profunda, que ha llegado a excavar la tierra por debajo del nivel de suelo de la vivienda. Esta estructura se introduce bajo un campo de labor, cuyo suelo se levanta 40 cm. por encima. Las dimensiones visibles señalan una longitud máxima de 7,70 m. y una anchura de 4,60 m. Está delimitada en todo su perímetro por piedras hincadas cuya altura visible oscila entre 45 y 70 cm, siendo las mayores las de la cabecera (con 20 cm. de espesor). Muchas de estas piedras presentan huellas de alteración por el fuego en forma de rubefacciones. Gran parte del ábside (Lám. 1.1) aparece colmatado por una acumulación de piedras, que probablemente debieron corresponder al alzado de las paredes. En su interior se recuperaron en superficie 10 fragmentos de cerámica manufacturada, un diente de hoz y un percutor en canto rodado.

Estructura A2. Únicamente se reconoce un lienzo de muro de 4,50 m. de longitud, erigido contra la pendiente y perpendicular a la estructura A1. Su

factura es diferente a la anterior, pues se trata de un muro de doble cara, del que se aprecia un alzado máximo de 3 hiladas, con 60 cm. de anchura. Se levanta en su base mediante grandes bloques de arenisca toscamente trabajados en la base, realizándose el alzado mediante lajas del mismo material. También presenta huellas de quemado, pero no se advierten restos de derrumbe del alzado hacia ninguno de los lados del muro.

– Área B. En este espacio no se distinguen en superficie restos constructivos, sino que éstos aparecen en el corte estratigráfico anteriormente descrito. A lo largo de 18 m. de desarrollo del barranco, hasta la confluencia con otro ramal, se pueden seguir los niveles señalados. En otros lugares diferentes al grafiado y descrito, puede reconocerse un suelo de tierra apisonada rubefactado y sobre él gran abundancia de cenizas, carbones, manteado y algún material arqueológico (Lám. I.2). Sobre esta capa abundan los derrumbes de piedras y a tramos irregulares aparecen algunas piedras dispuestas verticalmente, de hasta 65 cm. de altura (Lám. II.1).

– Área C. Es la que presenta mayor variedad de restos constructivos (Fig. 3), aunque también es la más alterada por la erosión, lo que hace que no resulte sencillo separar unas estructuras de otras.

Estructura C1. Constituida por un muro de 3,60 m. de longitud erigido mediante una doble hilera de piedras hincadas, que confluye en la estructura C2.

Estructura C2. El muro más completo puede seguirse a lo largo de aproximadamente 4 m. y está constituido por una línea de losas hincadas, que a diferencia de los precedentes, presentan una morfología cuadrangular. Se aprecian otros dos pequeños tramos de piedras hincadas y en el interior un gran relleno de piedras de derrumbe en una superficie de alrededor de 20 m², que conformarían el interior de la estancia. No presenta indicios de alteración por el fuego. Se conservan piedras hincadas en zonas que deben corresponder a otras paredes de la dependencia, pero no resulta posible la morfología de la planta.

Estructura C3. Separada de la C1-2 por una distancia de 3 m., está constituida por muros de una hilera de piedras hincadas, de morfología similar a la estructura C2 (Lám. II.2). Se intuye una planta de tendencia rectangular orientada hacia el NNE-ESE, cuyo lado corto tiene una longitud de 3,20 m. Sus laterales alcanzan una longitud de 4,80 m y si tenemos en cuenta las piedras que afloran en el cortado del barranco que ha seccionado esta estructura, su longitud máxima podría llegar a ser de unos 6,50 m, lo que supondría una superficie que rondaría los 21 m². En su interior abundan las piedras de derrumbe. Tampoco presenta indicios de alteración por el fuego.

Estructura C4. Dista 4 m. de la estructura C3. Comparte el muro medianil N. con la estructura C5. A partir de él arranca un muro de piedras hincadas en forma semicircular muy alterada en el extremo contrario, que recuerda además de por su planta por su factura (dimensiones y morfología de las piedras) a la estructura A1. Esta planta absidal tiene un radio de aproximadamente 1,60 m. La abundante presencia de líquenes y vegetación no permite discernir si existió o no acción del fuego sobre la construcción.

Estructura C5. Presenta una planta rectangular cuyo eje se orienta en dirección N-S. Al igual que en ocasiones anteriores, sus muros se definen por alineaciones de piedras hincadas, en este caso de poco alzado (no superan los

30 cm.). La estancia cuenta con una anchura de 3 m. y una longitud reconocida de 3,30 m. Esto define una superficie mínima que rondaría los 10 m², que se conservan en su mayor parte colmatados de piedras de derrumbe con indicios de alteración por el fuego.

– Área D. Situada en una zona más elevada, en la ladera, a más de 10 m. del Área C.

Estructura D1. Se define por dos muros en ángulo recto, uno de 2,30 m. de longitud y otro de 3,0 m., formados por losas dispuestas en horizontal en dos hiladas sobre un lanchón de areniscas. Presentan fuertes marcas de acción del fuego y abundan entre las piedras del derrumbe los carbones y cenizas.

Existe un elenco suficiente de materiales arqueológicos que acompañan a las estructuras y niveles mencionados. Su número es mayor en los cortes estratigráficos y en los bloques de paquetes sedimentarios desplomados de los taludes hacia el interior del barranco (Lám. III.1). Se ha llevado a cabo una recogida selectiva de materiales, pese a lo cual no puede considerarse que el material sea extremadamente abundante, si tenemos en cuenta la superficie que ocupa el yacimiento y el avanzado frente de erosión que la descarna.

Entre los materiales recuperados, el más numeroso es la cerámica. En la producción de superficie pulida están representadas las siguientes formas: cuencos de pequeño tamaño, un pequeño recipiente globular de boca ligeramente cerrada con impresiones de instrumento en el labio (Fig. 4.1), numerosas cazuelas carenadas de tamaño pequeño con el característico borde vuelto (Fig. 4.2 a 5) y cazuelas carenadas de tamaño mediano de perfil bitroncóncico (Fig. 4.6 y 7), así como fuentes hondas (Fig. 5.1). Se recuperó además un fragmento de pared con decoración campaniforme de retícula incisa y zigzag de pseudoexcisiones (Fig. 5.2) y una ficha recortada (Fig. 5.3).

La cerámica de superficie sin pulir es escasa, destacando únicamente los coladores o encellas (Fig. 5.6) y fragmentos de borde o pared con decoración incisa tosca y profunda a peine (Fig. 5.4).

Como sistemas de prensión se constatan los mamelones simples, dobles y las asas de puente de sección circular (Fig. 5.5).

La cerámica de tipo con barro plástico es abundante, pero a sus galbos no les corresponde una variedad proporcional. Aparecen los vasos de pequeño tamaño con cuerpo cilíndrico de tipo cubilete y borde ligeramente reentrante o vertical (Fig. 5.7 y 8), los recipientes de tamaño mediano-grande, de cuerpo globular, con borde vertical, que se decoran mediante cordón peribucal con digitaciones profundas y barro plástico en la panza, careciendo el borde de este aditamento (Fig. 5.9 y 6.1 y 3). En un caso presenta un grueso mamelón sobre el cordón (Fig. 6.5). Hay también algunos perfiles acampañados (Fig. 6.2). Solamente se recuperan fondos planos dentro de esta variedad cerámica (Fig. 6.4).

La industria metálica (no está determinado si en cobre o bronce, pues resta por analizar) es muy exigua, ya que únicamente se ha encontrado un pequeño fragmento de chapa curvada de apenas 3 cm. de longitud máxima. También se reconocen varios elementos relacionados con la fundición del metal: un trocito informe, probablemente un fragmento de mineral parcialmente reducido, un fragmento de pared de vasija horno y un fragmento de bloque paralelepípedo de arenisca con superficie alisada y restos de mineral

fundido (¿molde de fundición?). Queremos llamar la atención sobre un fragmento de metal que corresponde a una torta de reducción, con una de sus caras cubierta por vacuolas y la otra con las marcas de los desgrasantes vegetales empleados en la confección de las características vasijas-horno (Fig. 6.6).

La industria lítica tallada se restringe a un diente de hoz sobre lámina y 7 lascas en sílex altamente patinado sin retocar. Se contabilizan hasta 4 fragmentos de molino en molasa de color marrón o rosáceo y dos percutores.

La disposición circular de algunas piedras podría inducir a la consideración como sepulcral de estas estructuras, como parte de formaciones tumulares desmontadas por la erosión. Sin embargo, los datos aportados (niveles arqueológicos, suelos de habitación, utensilios domésticos, ausencia total de cremaciones o inhumaciones, etc.) no dejan lugar a dudas sobre la condición de lugar de habitación. Ahora bien, si a lo limitado de la industria recuperada unimos que no se ha hallado ningún resto óseo de animal consumido y la simplicidad de la secuencia estratigráfica, podría concluirse que la ocupación en el asentamiento de Covaza no debió ser intensa ni dilatada en el tiempo.

A la hora de efectuar una valoración cronológica de la ocupación del yacimiento, hemos de considerar varios factores. Uno de ellos es el escaso peso de la producción lítica tallada. La presencia de industria metálica y su tecnología, con el empleo de vasijas-horno elaboradas mediante una técnica similar a la identificada en otros yacimientos de la Edad del Bronce de Navarra (Monte Aguilar, Monte Aguilar II, Puy Águila II y Valdenovillas II) (Rovira Llorens, S. et alii. 1997), llevan a encuadrar este yacimiento a partir de la Edad del Bronce (Gómez Ramos, P. 1995). La presencia de un fragmento de cerámica campaniforme, o mejor epicampaniforme, con unos motivos decorativos y una técnica peculiares, es indicativa de una cronología avanzada dentro de este horizonte cultural, probablemente de fines del Bronce Antiguo (ALDAY RUIZ, A. 1996: 176). Por último, la tipología cerámica en lo que respecta a galbos (abundantes cazuelas carenadas de diversos tamaños, coladores, cubiletes con barro plástico, etc.) (Sesma Sesma, J. y García García, M^a. L. 1994 y Picazo Millán, J. V. 1993), el tratamiento decorativo-técnico (recubrimiento de barro plástico, cordones peribucales simples, etc.) y los sistemas de prensión empleados (mamelones dobles), prolonga la vida del yacimiento hasta mediados del II^o milenio a. C., es decir, el Bronce Medio. No resulta posible establecer mayores precisiones sobre el final de la ocupación de este asentamiento, a falta de investigaciones complementarias de campo en mayor profundidad. En todo caso, es de anotar la ausencia de determinadas formas y decoraciones de estilo Proto-Cogotas (perfiles carenados abiertos, motivos incisos de tipo Cueva Lóbrega/Berbeia, etcétera).

EL YACIMIENTO DE PICARANA

Este enclave vio la luz con motivo de los trabajos previos a la prospección para la redacción del Estudio de Impacto Ambiental del Proyecto del Canal de Navarra y sus zonas regables, en agosto de 1995.

Su emplazamiento es similar al descrito en el caso anterior, al pie del talud de una plataforma estructural de tipo tabular, coronada por niveles escalonados de areniscas, y con sus laderas salpicadas de derrubios clásicos desprendidos. En estos pies se han ido formando depósitos de limos amarillen-

tos, en cuyos materiales blandos se han encajado barrancos en U, como el de Picarana, formando auténticos cañones. Al igual que en Covaza, el yacimiento es visible merced a la sección practicada por uno de las ramificaciones de este barranco, cuyas paredes acantiladas se encuentran modeladas caprichosamente por fenómenos de tubificación o piping. Queda la mayor parte del yacimiento oculto bajo una potente capa sedimentaria, sobre la que se ha instalado un campo de labor. No es posible determinar la superficie aproximada que ocupa el yacimiento, pues los niveles arqueológicos que debían aparecer exhumados en los frentes de erosión del barranco han vuelto a ser denudados y cubiertos.

Al prospectar el lugar, se reconocieron en las zonas más descarnadas, junto a escasos restos de elementos muebles (cerámica, fauna, etc.), dos tipos de evidencias:

– Una acumulación de piedras areniscas, con huellas de fuego, presentándose algunas de ellas hincadas a pares y rodeadas de una acumulación de aspecto ruiforme. Deben corresponder a algún tipo de construcción que se introduce bajo los campos de labor (Lám. III.2).

– Un depósito muy desmantelado por la erosión, que lo había seccionado verticalmente, en el que afloraban huesos humanos (entre ellos se adivinaba un maxilar y un peroné). A través de la observación del corte no era posible determinar las condiciones de formación del depósito, al hallarse aquel totalmente camuflado por los fenómenos de rigolización de las arcillas.

Este segundo hallazgo motivó la solicitud de una intervención arqueológica de urgencia, que fue autorizada por la Dirección General de Cultura-Institución Príncipe de Viana. Se marcó una cata de 2 por 1,5 m, que englobaba las evidencias. Tras profundizar 40 cm., se alcanzó una superficie horizontal y se definió completamente la planta de una estructura circular excavada en las arcillas de base. Fuera de esta estructura, en uno de los ángulos de la cata, se individualizaron tres piedras areniscas superpuestas, trabadas con barro y piedrecillas, que parecían conformar un murete, que se introducía en el cantil.

El interior de la cubeta apenas se distinguía por su color, textura, etc. del terreno en que estaba excavada. La diferencia venía marcada porque toda la fosa estaba revestida en su interior de una capa (de 3-4 cm de espesor) de arcilla (Fig. 7, nv. 1), que en contacto con el relleno había generado en todo su perímetro una grieta de anchura milimétrica, fisura en la que se había formado un importante desarrollo radicular (que como después pudimos comprobar se prolongaba hasta la base de la pared).

Advertida la planta de la fosa de tendencia circular, se pudo comprobar en planta que más de la mitad de su relleno había sido erosionado, conservándose todavía al pie del corte algunos huesos y piedras caídos. Las dimensiones de esta estructura negativa eran medias, pues presentaba en la boca un diámetro aproximado de 1,40 m. y la profundidad máxima conservada era de 1,07 m. Su forma era cilíndrica, de paredes prácticamente verticales, con un relleno estratigráfico estructurado en cuatro niveles (Fig. 7):

Nivel I. Ya enunciado. Revoco arcilloso más o menos uniforme y continuo de la fosa, tanto en las paredes como en el fondo.

Nivel II. Tierra amarillenta grisácea muy compacta, de grano muy fino, con carboncillos ocasionales en su base, en la que aparecen los restos humanos.

Nivel III. Tierra marronácea con carboncillos, pequeñas piedras y nódulos de limos amarillentos.

Nivel IV. Cenizas.

En el relleno del nivel II no apareció ningún material arqueológico, mientras que en el del nivel III se recuperaron 9 pequeños fragmentos cerámicos (dos de ellos bordes de cerámica pulida) y un punzón simple en hueso con la base rota (Fig. 8.10). En este nivel aparecieron algunos restos humanos filtrados (un diente y una esquirla de costilla), así como de 2 molares de herbívoros y una vértebra de roedor.

Los restos humanos dispuestos en la base del nivel II conservan parcialmente su conexión anatómica (Lám. IV.1 y Fig. 7). El cráneo (con la calota y la cara ligeramente caídos hacia atrás), las vértebras cervicales y dorsales, parte de las costillas, una clavícula, un omóplato y la cabeza del húmero derechos guardaban su relación anatómica original. Desplazados, aunque con conexiones parciales, se distribuían además un antebrazo (cúbito y radio izquierdo), otro omóplato, una tibia y peroné izquierdos, la cabeza de un fémur y conjuntos incompletos de huesos de pies y manos. Acompañaban al enterramiento dos lajas de arenisca in situ, además de otras dos más y algunas piedras, que aparecieron caídas. No se encontró ajuar asociado in situ, ni caído en la torrentera a sus pies.

Pese a que no se ha llevado a cabo un estudio anatómico, los huesos parecen corresponder a un único individuo joven. El cuerpo se depositó dentro de la fosa, en posición de decúbito, probablemente próximo a la pared. Le acompañaban varias piedras, que parecen no disponerse cubriéndolo, al menos en lo que al tronco y cabeza se refiere. La inhumación debió hallarse al descubierto por algún tiempo, lo que pudo dar lugar a la dispersión de las partes menos cercanas a la pared (especialmente las extremidades). También pudiera ser que el cadáver fuera depositado en fase de desmembramiento, conservando el tronco y la cabeza en conexión y el resto ya inconexo. O quizás ambas cosas a la vez.

Un hecho a destacar y que tiene cierta relevancia para el conocimiento del ritual funerario es que la fosa donde se depositó el cadáver tuvo antes otra utilidad, probablemente como silo, a juzgar por el revoco de paredes y fondo. El pequeño paquete de cenizas basal bien pudo obedecer a un proceso de limpieza del mismo, si bien no se aprecian en la fosa señales de la acción de un fuego en atmósfera oxidante (rubefacción): las huellas de un pequeño fuego en atmósfera reductora podrían pasar desapercibidas a causa de la proliferación de raíces a la que antes hemos hecho alusión. La fosa se encontraba colmatada hasta algo menos de su mitad cuando se volvió a emplear para uso sepulcral final.

Como hemos indicado, no se conservaba ningún elemento de ajuar, aunque dada la alteración del depósito no es descartable que lo pudiera tener.

El material recuperado en superficie en Picarana se compone fundamentalmente de cerámica. Están presentes dentro de la variedad pulida los cuencos, escudillas de mediano tamaño (Fig. 8.1), cazuelas carenadas pequeñas (Fig. 8. 2, 3 y 5) y de mediano-gran tamaño con asa de puente (Fig.

8. 4). Esta cerámica carece de decoración, a excepción de un fragmento con una línea de impresiones circulares al interior (Fig. 8. 6). En la cerámica sin pulir únicamente es destacable un fragmento de pared con cordón liso. Existe también un lote nutrido de cerámica con recubrimiento de barro plástico, con las siguientes formas: recipientes de tamaño mediano grande de cuerpo globular y boca ligeramente cerrada, decorados con cordón peribucal y doble mamelón (Fig. 8. 7) y vasos de cuerpo cilíndrico, de tipo cubilete (Fig. 8. 8 y 9).

La industria lítica tallada está representada por una lámina con retoque simple lateral y 4 lascas en cuarcita. Se recogieron también fragmentos de 3 molinos de vaivén. La producción metálica se limita a un fragmento de chapita de cobre o bronce. Además son relativamente abundantes en superficie los restos de fauna consumida.

A lo largo del discurso se han podido entrever varias razones para considerar el yacimiento como un lugar de habitación (presencia de estructuras, restos de fauna consumida, molinos, etc.), si bien, como ocurre en tantos yacimientos de la Edad del Bronce, se dio un uso puntual como lugar sepulcral en condiciones que desconocemos.

La cronología cerámica, a juzgar por su tipología y técnica, es similar a la descrita en el caso de Covaza, si exceptuamos el fragmento de cerámica con decoración campaniforme de aquel, por lo que no vamos a incidir en cuestiones cronológicas que luego se evalúan en el siguiente apartado. Los datos disponibles, a falta de dataciones radiocarbónicas, sitúan la ocupación durante un momento central de la Edad del Bronce, es decir, el Bronce Pleno o Medio.

LOS YACIMIENTOS EN SU CONTEXTO ARQUEOLÓGICO

El primer aspecto a valorar para comprender el significado de Covaza y Picarana en la Arqueología provincial es su ubicación geográfica. La Navarra Media Oriental, y por extensión el resto de la zona media y montaña de Navarra –excepción hecha de la comarca de la Cuenca de Pamplona–, cuentan con una pobre información sobre el II^o milenio a.C.⁷

Nos hemos referido en la introducción del artículo a los trabajos de prospección efectuados en el reborde occidental de la Sierra de Ujué, que publicados por M^a. A. Beguiristáin y C. Jusué en 1986, supusieron el primer intento por esbozar una evolución del poblamiento hasta época histórica, a partir de datos arqueológicos. En esta síntesis, la Edad del Bronce se presenta como un vacío que se cubre con yacimientos como La Falconera y La Tejería (Olite), en los que, arrancando desde la Edad del Bronce, existe una continuidad de ocupación hasta el Hierro I (Beguiristáin Gúrpide, M^a. A. y Jusué Simonena, C. 1986: 101). Estos planteamientos, en los que se tiende a enlazar la Edad del Bronce y el Hierro locales, toma como punto de partida, según hemos indicado en varias ocasiones (Sesma Sesma, J. 1995: 173), la va-

⁷ Este panorama puede cambiar drásticamente en los próximos años, merced a las intervenciones de urgencia motivadas por diversas obras públicas (Canal de Navarra, Autovía del Camino, etc.), donde se están produciendo varios hallazgos de hábitats al aire libre de la Edad del Bronce de gran interés.

loración de niveles arqueológicos situados en la base de determinados poblados de la Edad del Hierro (Alto de la Cruz, Castillar de Mendavia, El Redal, Castillo de Henayo, etc.), especialmente a partir de sus cerámicas. Ya desde mediados de los 80 se planteó que este entronque, en lo que hacía referencia al origen de los poblados, no debía remontar el Bronce Final (Barandiarán, I. y Vallespí, E. 1984: 179-180). Las últimas investigaciones en hábitats “hallstáticos”, como El Alto de la Cruz en Cortes, así parecen confirmarlo (Munilla, G. et alii. 1994/96). En otros casos, como La Hoya de Laguardia, la secuencia es diferente, pues existe una continuidad en la ocupación del mismo espacio, con lógicas variaciones, desde mediados del II^o milenio a.C. (Fase IV) (Llanos Ortiz de Landaluze, A. 1988 y 1990) hasta fines del I^{er} milenio a. C.

Lo anteriormente expuesto nos lleva a plantear el vacío que supone la Edad del Bronce en muchas zonas de la Navarra Media y Montaña, que a duras penas se va cubriendo con hallazgos de determinados fósiles directores (especialmente cerámica campaniforme). Este es el panorama que hacían notar las primeras prospecciones del reborde de la Sierra de Ujué. Covaza y Picarana vienen a confirmar que este vacío no se debe a la ausencia de ocupación durante el II^o milenio a. C., sino a un problema de metodología arqueológica: los yacimientos de la Edad del Bronce tienden a hacerse “invisibles” porque las prospecciones selectivas localizan preferentemente aquellos enclaves que, por su emplazamiento (cerros dominantes, puntas de terrazas, etc.), perennidad constructiva y abundancia de materiales muebles, resultan más evidentes. Yacimientos como los aquí analizados sólo serán identificados por circunstancias casuales o si se lleva a cabo una prospección de tipo sistemático de amplia cobertura.

Esto nos lleva a plantear la cuestión de la ubicación de estos dos yacimientos en su contexto comarcal.

Las gentes que habitaron estos lugares muestran su nula preocupación por aspectos relacionados con la defensa o el control del territorio mediante emplazamientos estratégicos, fácilmente disponibles, por otra parte, en su entorno, bien sea en las cornisas de la sierra o en los cerros testigos de la llanura (Santo Domingo, Turbil, Alto de Juangarcía, Alto de la Conejera, etc.). De otra parte, ha de tenerse en cuenta que los terrenos que ocupan Covaza y Picarana se hallan alejados de las áreas de terraza y vegas fluviales y por consiguiente de los espacios de mayor potencial agrícola mediante irrigación y drenaje. Evitan además los intrincados relieves de las montañas terciarias, con su orografía poco propicia al aprovechamiento agrícola en extensión y las limitaciones agrarias de sus suelos. Sin embargo, la proximidad a estos espacios de serranía permite el aprovechamiento temporal o estacional de sus recursos específicos (pastos, caza, material constructivo, afloraciones minerales)⁸. La orografía elegida es una zona de contacto, el punto de inflexión entre los glaciares cuaternarios y el pie de las primeras estribaciones festoneadas de la sierra. En estas zonas de relieve invertido se dan las llamadas “tierras fuer-

⁸ Según el Mapa Geológico 1:50.000 (Hoja 207, Sos del Rey Católico) se detecta desde Sos del Rey Católico a Murillo la presencia de minerales de cobre en relación con los canales de arenisca. Considerados como de escasa rentabilidad para la industria actual, también están presentes en el área de Pitiillas, pudiendo ser suficientes para abastecer a pequeñas comunidades prehistóricas.

tes”, de características opuestas a las terrazas fluviales, y que son buenas tierras de labor, muy aptas para el secano cerealista con estercolado (Mensua Fernández, S. 1960: 84). Hay que resaltar también su cercanía a las zonas endorreicas señaladas en el apartado geográfico, con suelos menos ricos pero que por el contrario debieron poseer otros atractivos apreciados en la época (caza, sales, especies vegetales, etc.), muy especialmente para la ganadería. Por último hay que mencionar su orientación, en la solana y al abrigo de los vientos dominantes (el cierzo del valle del Ebro). Son todas estas consideraciones teóricas que deberán, en su caso, ser contrastadas o refutadas por los datos de excavación y de prospecciones más extensivas, pero que creemos que marcan una interesante línea de investigación para comprender el por qué de los asentamientos.

Un aspecto directamente vinculado a la orientación socio-económica de estas comunidades es el de su arquitectura⁹. Se trata de construcciones permanentes, que si bien carecen del porte apreciado en otros poblados de la época (La Hoya Quemada, La Loma de Bexí, Muntanya Assolada, etc., por citar los mejor conocidos), están concebidas para durar.

Las soluciones arquitectónicas adoptadas muestran dos rasgos básicos de las estrategias de subsistencia de estas gentes:

– El carácter permanente de los hábitats, lejos de los usos cíclicos y/o estacionales que tradicionalmente se ha atribuido a los asentamientos de tipo “campos de hoyos”.

– La concentración de actividades en un espacio limitado, con una baja movilidad de las estructuras a lo largo del tiempo. Es esta una cualidad que caracterizará a los poblados de tipo “Campos de Urnas” de la Edad del Hierro regional y que dan origen al nacimiento de los característicos “tells” por la reiteración de ocupaciones sobre el mismo espacio.

En los casos de Pitillas la ocupación no debió prolongarse demasiado en el tiempo. Los datos estratigráficos del área B de Covaza así lo atestiguan; también la nula evolución de la cultura material o la escasez de desechos alimenticios son indicativos al respecto. Esto obliga a plantearse varias cuestiones: ¿Se debió a un fracaso de su estrategia de subsistencia? ¿Se trataba de un principio inherente al tipo de asentamiento? ¿Obedeció a factores exógenos no previstos por sus ocupantes? Las posibilidades que se plantean son múltiples, pero sólo a través de una profundización en los trabajos de campo podrá, quizás, hallarse respuesta a alguna de estas cuestiones.

En otro trabajo hemos indicado cómo desde mediados del II^o milenio, en el Bronce Antiguo-Medio, se registran por primera vez en nuestra área geográfica las construcciones que emplean sistemáticamente la piedra (SESMA SESMA, J. e.p.). De la misma manera acaece en otras zonas próximas, como el Sistema Ibérico turolense (Burillo Mozota, F. y Picazo Millán, J.V. 1992-93) y en distinto grado en varias comarcas leridanas (Equip Minferri, 1997: 202-203). Las soluciones empleadas en los yacimientos de Pitillas son variadas: sistemas de zócalos de piedras hincadas, cabeceras absidales, muros de doble paramento, paredes adosadas, plantas heterogéneas, etc. En otros yaci-

⁹ Ha de valorarse en este caso las óptimas condiciones para el aprovisionamiento de materia prima, pues la piedra arenisca local, de buena calidad, fácilmente extraíble y trabajable, constituye un recurso recurrentemente explotado en la zona hasta la actualidad.

mientos navarros todo esto se ve refrendado además con otras técnicas como la combinación con materiales (con manteado por ejemplo para la construcción de vasares, postes de madera encastrados en muros, etc.), alcanzando su máxima expresión en con que se levantan determinados elementos inmuebles de uso colectivo (muralla y cisterna de Monte Aguilar). Este panorama difiere en poco del que caracteriza a otras comunidades del Bronce Mediterráneo (Burillo Mozota, F. y Ortega Ortega, J. 1999: 126-127).

El aspecto más particular en Covaza es la técnica de las piedras hincadas. No conocemos yacimientos parecidos que empleen con similar profusión esta técnica, aunque es posible rastrear paralelos en otros yacimientos del Alto-Medio valle del Ebro. En las Bardenas Reales, podemos citar los lugares de Puy Águila IV y Marijuan IV (Sesma Sesma, J. y García García, M^a. L. 1994), y en la Ribera Navarra los de Chátiva en Carcastillo y Cogote Royo en Armañanzas, etc. (Sesma Sesma, J. e.p.). En la provincia de Zaragoza, comarca de Borja, se halla el asentamiento de Siete Cabezos (Magallón), en el que se excavó un muro rectilíneo con estas características de al menos 6,9 m. de longitud y que acababa en ángulo recto (Harrison, R. et alii. 1990: 43 y Fig. 7). En el estrato I de la Cova de Punta Farisa (Fraga, Huesca), se cita el empleo de grandes losas hincadas para la creación de un espacio curvo (Maya, J. L. et alii. 1989-90: 18 y Fig. 15). El empleo de piedras hincadas pareadas reconocido en Picarana tiene paralelos en Genó (Aitona, Lérida), poblado del Bronce Final II en el que el muro medianero de las habitaciones 9 y 10 reviste la originalidad de que “se compone de lajas clavadas a manera de encofrado con relleno de tierra y piedras” (Maya, J. L. et alii. 1998: p. 40, figs. 13 y 14).

Consideramos que en estos casos los zócalos debieron tener al interior un refuerzo de barro (tapial), que se ha perdido, pues de lo contrario la estrechez de las piedras resulta inoperante para levantar las paredes. Creemos que esta técnica, junto con las cabeceras absidales en el caso de Covaza, no obedece a una adaptación a la topografía, pues los desniveles del suelo son mínimos y el sustrato geológico fácilmente denudable. Debió de emplearse como sistema para desviar las aguas de escorrentía de la ladera, ofreciendo a la vez un muro más sólido frente a la arrollada (recuérdese la altura de algunas de estas piedras y cómo únicamente la erosión remontante de los barrancos ha conseguido moverlas). El alzado debió ser mixto, parte en piedra, parte en barro, según denotan los datos obtenidos en los cortes estratigráficos de Covaza.

Sobre la cronología de estos yacimientos, ya hemos argumentado que al tratarse de hallazgos de superficie, la interpretación se fundamenta exclusivamente en criterios tipológicos, que tienen en la cerámica su mejor referente¹⁰. En este sentido, los conjuntos de Covaza y Picarana encontrarían acomodo dentro de lo que ha dado en denominarse “horizonte de cerámicas no decoradas” del Bronce Antiguo avanzado y Bronce Pleno (la mejor definición para la zona la da Rodanés Vicente, J.M^a 1999: 166 a 169, siguiendo a Fernández Posse, M^a. D. 1986: 479) o “Bronce clásico” (Blasco Bosqued, M^a. C.

¹⁰ Empleamos la tipología únicamente como indicador cronológico, sin que, a falta del reconocimiento de la totalidad del aparato ergológico y de otros aspectos (rituales funerarios, estrategias de ocupación territorial y de subsistencia, características de los asentamientos, etc.) se le atribuyan otras connotaciones culturales.

1987: 85), que quedaría encuadrado entre el campaniforme con sus epígonos regionales y la aparición del horizonte de cerámicas Proto-Cogotas.

Este “horizonte de cerámicas no decoradas” no está bien individualizado hasta la fecha en el Alto-Medio valle del Ebro, como en general corresponde a todos los aspectos relacionados con el hábitat al aire libre de la Prehistoria Reciente. Dicha carencia no se debe tanto a que no existan yacimientos en que este fenómeno esté representado o a la ausencia de excavaciones, sino a que los conjuntos publicados hasta la fecha no cuentan con buenas secuencias estratigráficas de este horizonte, como ocurre en el caso de Moncín¹¹ o Tragaluz, o permanecen a falta de la edición de su memoria definitiva (p. ej. Monte Aguilar I y II, Majaladares, Cueva de San Bartolomé, Los Husos, etc.). Con todo, no resulta difícil rastrear su presencia en estaciones de habitación¹², que arrojan una cronología que comprende básicamente los siglos XVI-XV a. C.¹³:

– En Navarra: Fases V a III de Monte Aguilar, con fechas de 1560±20, 1560±100 y 1430±20 (Sesma Sesma, J. 1993-94: 278); Monte Aguilar II, con fecha de 1520±100 (Sesma, J. y García, M^a. L. 1994: 110); Puy Águila I, con fechas a. C. de 1545±35 y 1515±35 (Ibidem: 118) y San Pelayo, con una data de 1320±90 (Armendáriz Martija, J. 1993-94: 283).

– En La Rioja: Cueva de San Bartolomé, con fecha de 1525±35 (Rodanés Vicente, J. M^a. 1999: 66).

– En Álava: Nivel IV de La Hoya con fecha de 1460±90 (Llanos Ortiz de Landaluze, A. 1988: 71) y Capas V a X del Abrigo de Los Husos I, con fechas de 1560±40, 1550±40 y 1410±50 (Fernández Eraso, J. 2002: 71)

– En Huesca: Cueva del Moro de Olvena, con datas de 1580±70 y 1480±35 (Rodanés Vicente, J. M^a y Ramón, N. 1996: 85); estrato IV de Punta Farisa (Fraga), con fechas de 1410±80 (Maya, J. L. et alii: 1989-90: 27) y Ciquilines IV (Rey Lanaspá, J. 1986: 87).

A ellos se unirían otros lugares excavados de los que apenas se dispone de noticias, como Paternanbidea (Paternáin) (García Gazólaz, J. 1998), El Linte (Larraga) (Labé Valenzuela, L. F. y Sánchez Delgado, A. C. 1992), Puy Águila IV (Bardenas Reales) (Sesma, J. y García, M^a. L. 1994), en Navarra; Siete Cabezos (Magallón) (Harrison, R. et alii. 1990) en Zaragoza, etcétera.

Las características básicas de las cerámicas de este horizonte podrían ser:

– Proliferación de recipientes carenados, con carena media, de tamaño mediano o pequeño, de acabado bien pulido o incluso bruñido. Presenta fondo plano y en los vasos más pequeños convexo con depresión. Un tipo especial dentro de esta variante lo constituyen las cazuelas geminadas, hasta la

¹¹ Este sitio, que ha sido valorado “como un yacimiento único en el norte de España, por el volumen y variedad de sus hallazgos en el segundo milenio”, cuenta con una dilatada secuencia de ocupación que comprende, en lo que al tema respecta, toda la Edad del Bronce” (HARRISON, R. et alii. 1994: 163). Sin embargo el tipo de hábitat que presenta (que podríamos calificar de “serrano”), combinando ocupaciones en cueva y ladera, y los complejos procesos naturales y culturales que han dado lugar a su formación, hacen que resulte difícilmente extrapolable la ingente información que ha proporcionado.

¹² Podría completarse el elenco con las dataciones procedentes de contextos sepulcrales (Peña Guerra I y II, Aizibita, etc.), si bien hemos preferido prescindir de estas referencias, dada la problemática asociación que, en la mayoría de los casos, las piezas de ajuar mueble presentan con los restos dados (generalmente huesos humanos) y la escasa entidad de aquellas.

¹³ Todas las fechas se presentan reducidas a años a. C. sin calibrar.

fecha sólo reconocidas en Navarra (exclusivamente en los lugares de Puy Águila I de Bardenas Reales, Las Eras de la Ermita de Valtierra y El Linte de Larraga). En las fases del Bronce Tardío muestra una tendencia hacia la elevación del aquillamiento, la apertura de la mitad superior del cuerpo y el aplanamiento de sus proporciones (resulta concluyente el estudio estadístico de una amplia serie de este perfil efectuado por Picazo Millán, J. V. 1993, que los agrupa en sus formas 4VI y 5 y de Rodanés, J. M. y Ramón, N. 1996, que los catalogan en la forma IV), con o sin decoración incisa de tipo Proto-Cogotas (tipos C.1 y C.2.3 en Narvarte Sanz, N. 2001).

– Alta representación de recipientes con superficies “texturadas”, no lisas, bien sea mediante la adición de barro plástico o de sistemas ornamentales claramente prominentes (mamelones, cordones simples o múltiples, pastillas, etc.) o rehundidos (ungulaciones, digitaciones, impresiones de instrumento, incisiones toscas que no describen motivos seriados, etc.), técnicas que pueden presentarse aisladas o en diversas combinaciones. Dentro de esta variedad se individualizan algunos vasos característicos por la asociación forma-decoración:

- Vasos globulares de tamaño mediano-grande con borde ligeramente cerrado o vertical, con recubrimiento de barro plástico en el cuerpo y cordón o cordones peribucales.
- Cubiletes o recipientes de perfil globular o subcilíndrico, con recubrimiento de barro plástico.
- Grandes tinajas con barrocas decoraciones a base de cordones, formando motivos geométricos (cordones horizontales, arboriformes, serpentiformes, etc.).

Otros aspectos menos significativos pueden ser la presencia de coladores y la proliferación de distintos sistemas de presión: lengüetas (simples con o sin perforación/dobles), mamelones (simples con o sin perforación/dobles), asas de puente (verticales, horizontales, elevadas, etcétera).

Por lo que conocemos hasta la fecha, a este horizonte del Bronce Antiguo-Medio se asocian las construcciones permanentes más antiguas conocidas en Navarra (Sesma Sesma, J. e.p.), la fundición de los primeros bronce (Fernández-Miranda, M. et alii. 1995), una desarrollada industria ósea y otros rasgos que será preciso definir mejor en sucesivos trabajos.

Un último aspecto a contextualizar es la inhumación individual en fosa de Picarana. Este tipo de enterramiento está poco documentado en Navarra, si bien existen ejemplos con una cronología similar en Paternanbidea (García Gazólaz, J. 1998, estructura 24) o ligeramente más recientes en Aparrea (Castiella Rodríguez, A. 1997, estructuras 3 y 41), siempre en el interior de los poblados. Este sistema debió de ser más frecuente de lo documentado hasta la fecha, según atestiguan los hallazgos en zonas mejor estudiadas, como Cataluña (Equip Minferri. 1997: 193-196) o la Meseta (Valiente Malla, J. 1992: 221 y ss.), y tendría como rasgos asociados la ausencia de espacios funerarios definidos y de estructuras específicas para este uso.

El panorama que ofrece el mundo funerario de mediados del II^o milenio en Navarra muestra su diversidad (Beguiristáin Gúrpide, M^a. A. 1987). A las inhumaciones acumulativas en dólmenes (Aizibita, Peña Guerra I y II, etc.), en cuevas (Diablozulo, Nacedero de Riezu, etc.), en fosas aisladas (La Saga), e incluso en vasija (Cuesta de la Iglesia A), hay que sumar los citados ente-

ramientos individuales en fosa simple (bien sea en posición primaria o secundaria). Esta variedad es una característica propia de muchas áreas culturales de la Edad del Bronce, bien sea en el Bronce Valenciano, en Cogotas I, etc. Los intentos de explicación de esta situación han esbozado varios factores que ayudarían a su comprensión: la disparidad de estrategia de subsistencia, el desfase cronológico, la existencia de categorías sociales contrastadas o el peso de las tradiciones culturales locales (Esparza Arroyo, A. 1990), a los que podríamos añadir los condicionantes orográficos o, por qué no, la precariedad de la información disponible.

BIBLIOGRAFÍA

- ALDAY RUIZ, A. (1996). "El entramado campaniforme en el País Vasco. Los datos y el desarrollo del proceso histórico". *Anejos de Veleia*, 9.
- ARMENDÁRIZ MARTIJA, J. (1993-94). *San Pelayo (Arellano, Navarra)*. Campaña de 1991. *Trabajos de Arqueología de Navarra*, 11: 281-285.
- BARANDIARÁN, I. y VALLESPÍ, E. (1984). "Prehistoria de Navarra". *Trabajos de Arqueología Navarra*, 2.
- BEGUIRISTÁIN GÚRPIDE, M^a. A. (1982). "Los yacimientos de habitación durante el Neolítico y Edad del Bronce en el Alto valle del Ebro". *Trabajos de Arqueología Navarra*, 3: 59-156.
- BEGUIRISTÁIN GÚRPIDE, M^a. A. (1987). "Nuevos datos sobre el ritual funerario durante el Neolítico y Edad del Bronce en Navarra". Primer Congreso General de Historia de Navarra. *Príncipe de Viana*. Anejo 7: 205-215.
- BEGUIRISTÁIN GÚRPIDE, M^a. A. y JUSUÉ SIMONENA, C. (1986). "Prospecciones arqueológicas en el reborde occidental de la Sierra de Ujué (Navarra)". *Trabajos de Arqueología Navarra*, 5: 77-109.
- BLASCO BOSQUED, M^a. C. (1987). *El Bronce Medio y Final*. 130 años de Arqueología madrileña: 83-107.
- BURILLO MOZOTA, F. y PICAZO MILLÁN, J. V. (1992-93). "Contribución al origen del poblamiento con estructuras estables en el valle medio del Ebro". *Bajo Aragón. Prehistoria*. IX-X: 203-214.
- BURILLO MOZOTA, F. y ORTEGA ORTEGA, J. M. (1999). *El proceso de formación de las comunidades campesinas en el sistema ibérico (1400-400 a.C.): Algunas consideraciones acerca del concepto de "Ruptura"*. Actas de los encuentros sobre el origen del mundo celtibérico: 124-141.
- CASTIELLA RODRÍGUEZ, A. (1986). "Nuevos yacimientos protohistóricos en Navarra". *Trabajos de Arqueología Navarra*, 5: 133-173
- CASTIELLA RODRÍGUEZ, A. (1997). "A propósito de un campo de hoyos en la Cuenca de Pamplona". *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra*, 5: 41-80.
- CASTIELLA, A.; SESMA, J.; GARCIA, M^a. L.; GARCIA, J.; PRIETO, J.; FARO, J. A. y GARCIA, D. (1999). "Poblamiento y territorialidad en la Cuenca de Pamplona. Una visión arqueológica". *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra*, 7.
- EQUIP MINFERRI (1997). "Noves dades per a la caracterizació dels assentaments a l'aire lliure durant la primera meitat del II mil.lenni cal. BC: primers resultats de les excavacions en el jaciment de Minferri (Juneda, les Garrigues)". *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 7: 161-211.
- ESPARZA ARROYO, A. (1990). "Sobre el ritual funerario de Cogotas I". *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología de la Universidad de Valladolid*, LVI: 106-143.
- FERNÁNDEZ ERASO, J. (2002). *Abrigo de Los Husos I (Elvillar)*. III Campaña. Arkeoikuska 01: 68-73.
- FERNÁNDEZ-MIRANDA, M.; MONTERO, I. y ROVIRA, S. (1995). "Los primeros objetos de bronce en el occidente de Europa". *Trabajos de Prehistoria*, 52 (1): 57-69.
- FERNÁNDEZ POSSE, M^a. D. (1986). *La Cultura de Cogotas I*. Homenaje a Luis Siret: 475-487.
- FLORISTÁN SAMANES, A. (1978). *Itinerarios por Navarra. Zona Media y Ribera*.

- GARCÍA GAZÓLAZ, J. (1998). "Paternanbidea (Ibero, Navarra): un yacimiento al aire libre de la prehistoria reciente de Navarra". *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra*, 6: 33-47
- GÓMEZ RAMOS, P. (1995). *La tecnología de fundición de metales en la Pre y Protohistoria de la Península Ibérica*. Tesis Doctoral microfilmada.
- HARRISON, R.J., AGUILERA ARAGÓN, I. y MORENO LÓPEZ, G. (1990). "Excavaciones arqueológicas en un poblado de la Edad del Bronce en 'Siete Cabezas'" (Magallón, Prov. Zaragoza). *Cuadernos de Estudios Borjanos*, XXIII-XXIV: 31-59.
- HARRISON, R. J.; MORENO LÓPEZ, G. C. y LEGGE, A. J. (1994). *Moncín: un poblado de la Edad del Bronce* (Borja, Zaragoza).
- LABÉ VALENZUELA, L. F. y SÁNCHEZ DELGADO, A. C. (1992). "El Linte de Larraga: un campo de hoyas en el Arga medio". Segundo Congreso General de Historia de Navarra. *Príncipe de Viana*, Anejo14; 87-95.
- LLANOS ORTIZ DE LANDALUZE, A. (1988). *Poblado de La Hoya (Laguardia, Álava)*. En BURILLO, F. et alii. (Ed.). *Celtíberos*: 68-71.
- LLANOS ORTIZ DE LANDALUZE, A. (1990). *La Edad del Hierro y sus precedentes, en Álava y Navarra*. En "Homenaje a D. José Miguel de Barandiarán". *Munibe*, 42:167-179.
- MAYA, J. L.; FRANCÉS, J. y PRADA, A. (1989-90). *Dossier. El complejo arqueológico de Punta Farisa (Fraga, Huesca): Los yacimientos arqueológicos*. *Estudios de la Antigüedad*, 6-7: 7-30.
- MAYA, J. L.; CUESTA, F. y LÓPEZ CACHERO, J. (1998). *Genó: Un poblado del Bronce Final en el Bajo Segre (Lleida)*.
- MENSUA FERNÁNDEZ, S. (1960). *La Navarra Media Oriental. Estudio Geográfico*.
- MUNILLA CABRILLANA, G.; GRACIA ALONSO, F. y GARCÍA LÓPEZ, E. (1994-96). *La secuencia cronoestratigráfica del Alto de la Cruz (Cortes de Navarra) como base para el estudio de la transición Bronce Final-Hierro en el Valle Medio del Ebro*. En "Models d'ocupació, transformació i explotació del territori entre el 1600 i el 500 A.N.E. a la Catalunya Meridional i zones limítrofes de la Depressió de l'Ebre. Taules Rodones d'Arqueologia. Sant Feliu de Codines. 1994. Gala. 3,5: 153-170.
- NARVARTE SANZ, N. (2001). *Cogotas 1 en el Valle Medio del Ebro. Estado de la cuestión en la provincia de La Rioja*. *Berceo*, 140: 41-76.
- PICAZO MILLÁN, J. V. (1993). La Edad del Bronce en el Sur del Sistema Ibérico Turoloense, 1. Los Materiales Cerámicos. *Monografías Arqueológicas del S.A.E.T.* 7.
- REY LANASPA, J. (1986). *La población prehistórica del interfluvio Flumen-Alcanadre*. *Bolskan*, 4: 67-123.
- RODANÉS VICENTE, J. M. (1999). *Las cuevas de Tragaluz y San Bartolomé (Sierra de Cameros, La Rioja). Los enterramientos en cueva en el valle medio del Ebro*.
- RODANÉS VICENTE, J. M. y RAMÓN, N. (1996). *Cerámica de la Edad del Bronce en la cueva del Moro de Olvena*. En UTRILLA, P. y BALDELLOU, V. (Dirs.). *La Cueva del Moro de Olvena* (Huesca). Vol. II. *Bolskan*, 13: 39-131.
- ROVIRA LLORENS, S.; MONTERO RUIZ, I. y CONSUEGRA RODRÍGUEZ, S. (1998). *Las primeras etapas metalúrgicas en la Península Ibérica. 1. Análisis de materiales*.
- SESMA SESMA, J. (1993). "Aproximación al problema del hábitat campaniforme: el caso de las Bardenas Reales de Navarra". *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra*, 1: 53-119.
- SESMA SESMA, J. (1994). "Monte Aguilar (Bardenas Reales de Navarra). Campañas de 1990-1991". *Trabajos de Arqueología Navarra*, 11: 276-279.
- SESMA SESMA, J. (1995). "Diversidad y complejidad: Poblamiento de la Edad del Bronce en Navarra". *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra*, 3: 147-184.
- SESMA SESMA, J. (e.p.). *Estructuras de habitación en la Edad del Bronce del Alto Valle del Ebro y áreas circundantes. Apuntes sobre su evolución*. Primeras Jornadas sobre la Edad del Bronce en tierras valencianas y zonas limítrofes. Villena. 2002.
- SESMA SESMA, J. y GARCÍA GARCÍA, M^a. L. (1994). "La ocupación desde el Bronce Antiguo a la Edad Media en las Bardenas Reales de Navarra". *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra*, 2: 89-218.
- VALIENTE MALLA, V. (1992). *La Loma del Lomo II. Cogollado (Guadalajara)*.
- VVAA (1987). *Mapa geológico de España*. E. 1:50.000. Peralta. IGME.
- YOLDI, P. y OTERO, X. (1985). *La laguna de Pitillas*. Panorama, 1.

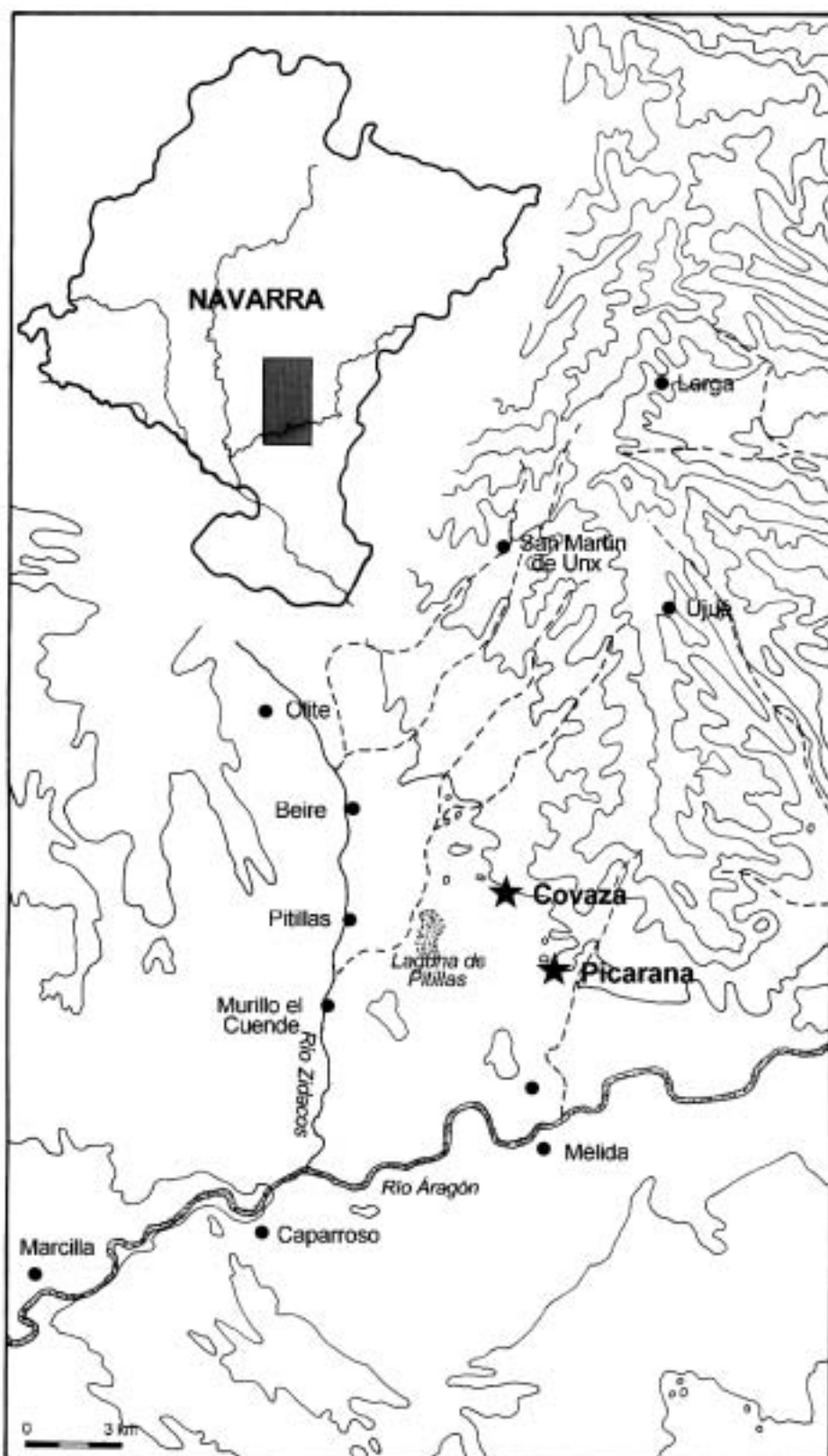
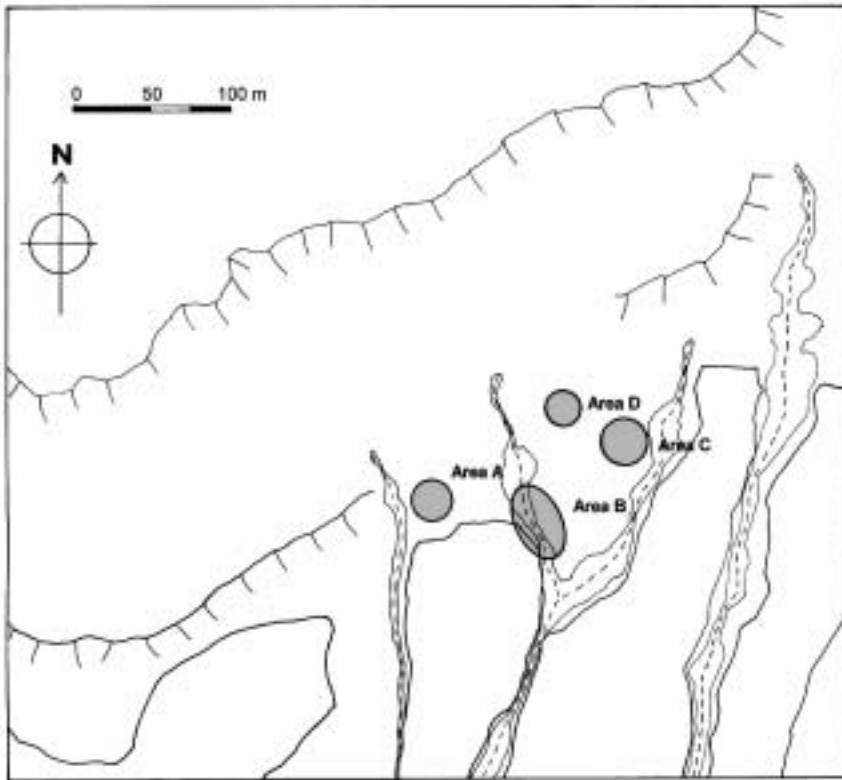


Fig. 1. Localización de los yacimientos estudiados



1

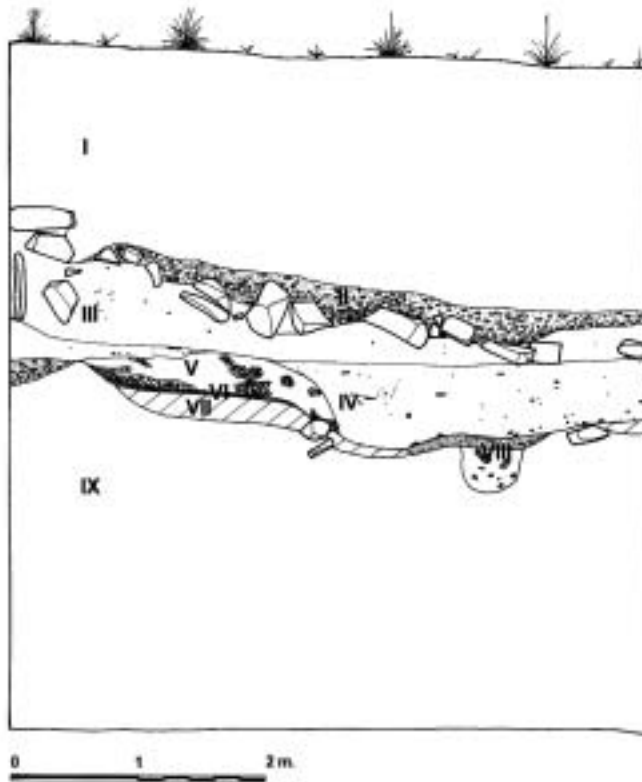


Fig. 2.1. Covaza. Croquis de las áreas definidas en el estudio
2.2. Covaza. Corte estratigráfico en el barranco del área B.

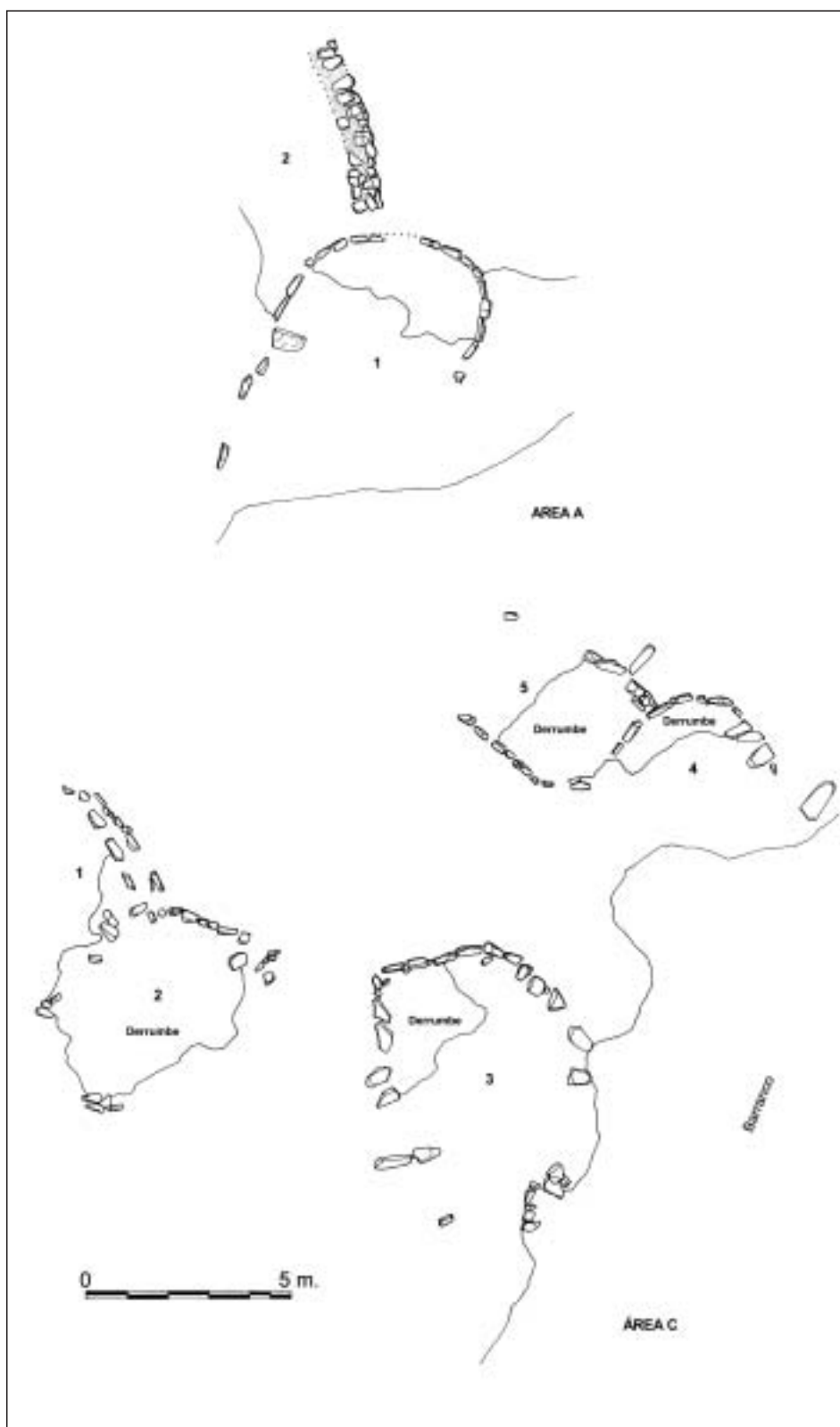


Fig. 3. Covaza. Planimetría de las estructuras constructivas estudiadas (se ha eliminado la distancia real entre las áreas A y C)

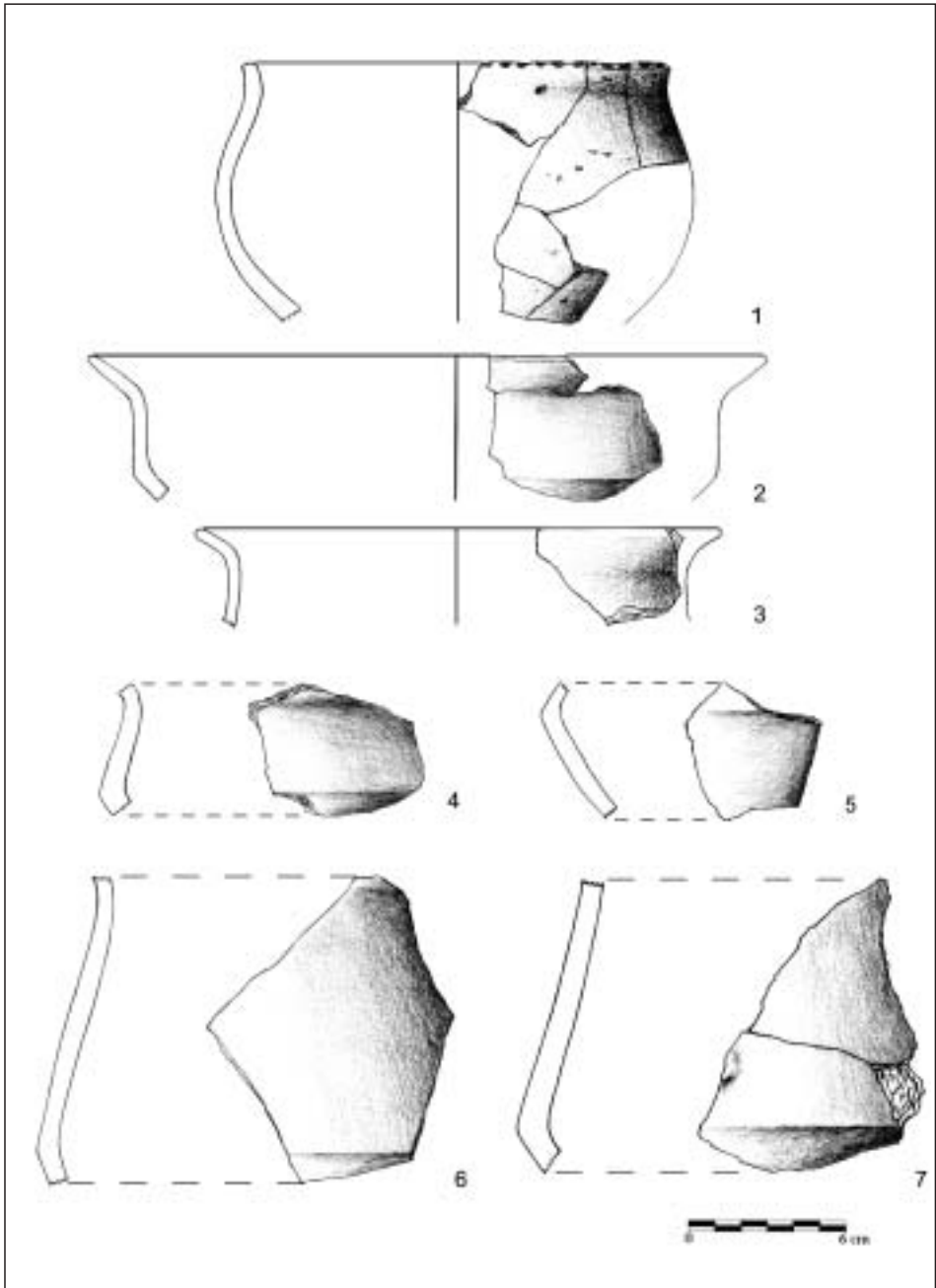


Fig. 4. Materiales de Covaza. Cerámica de superficie pulida

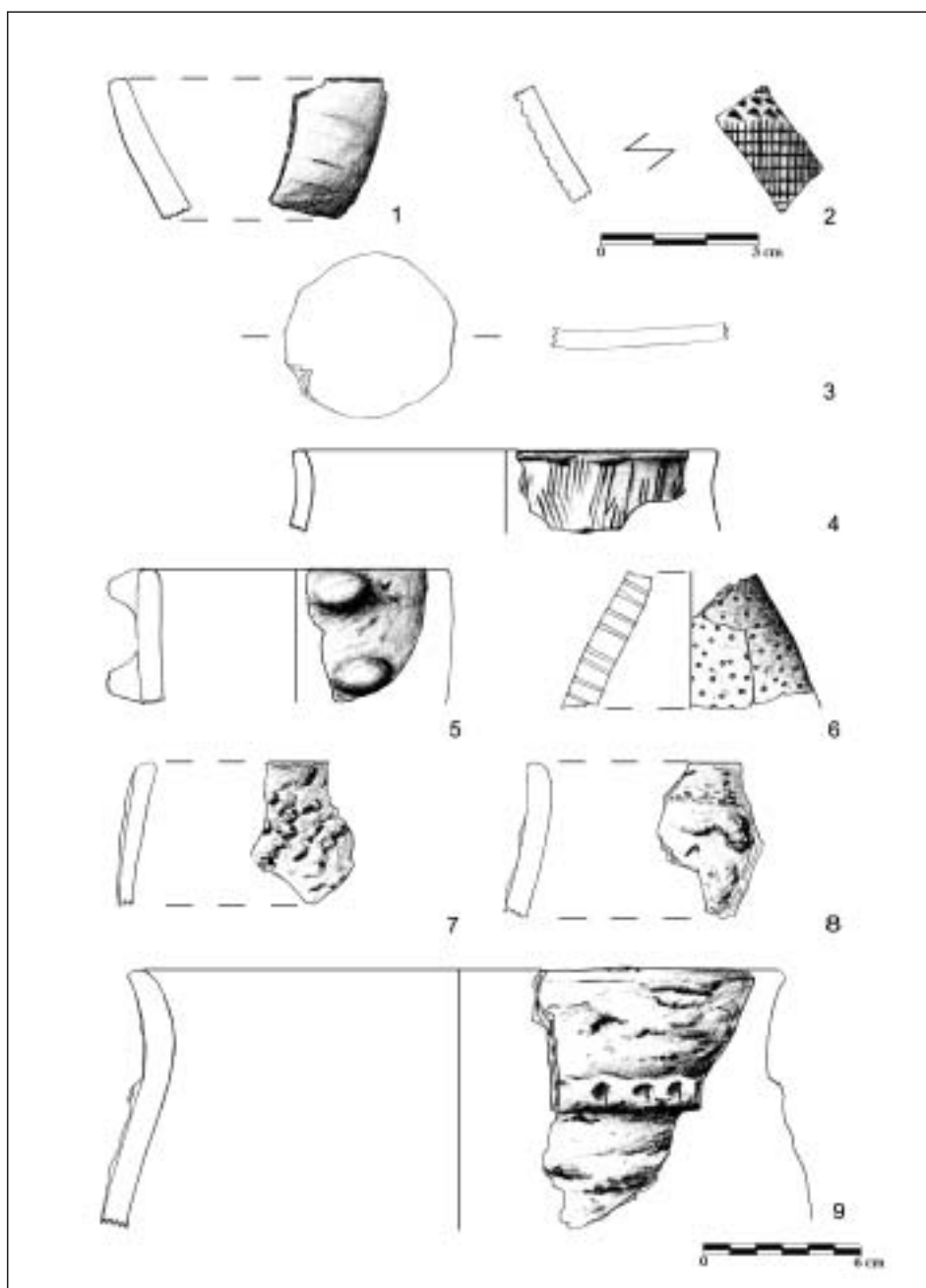


Fig. 5. Materiales cerámicos de Covaza

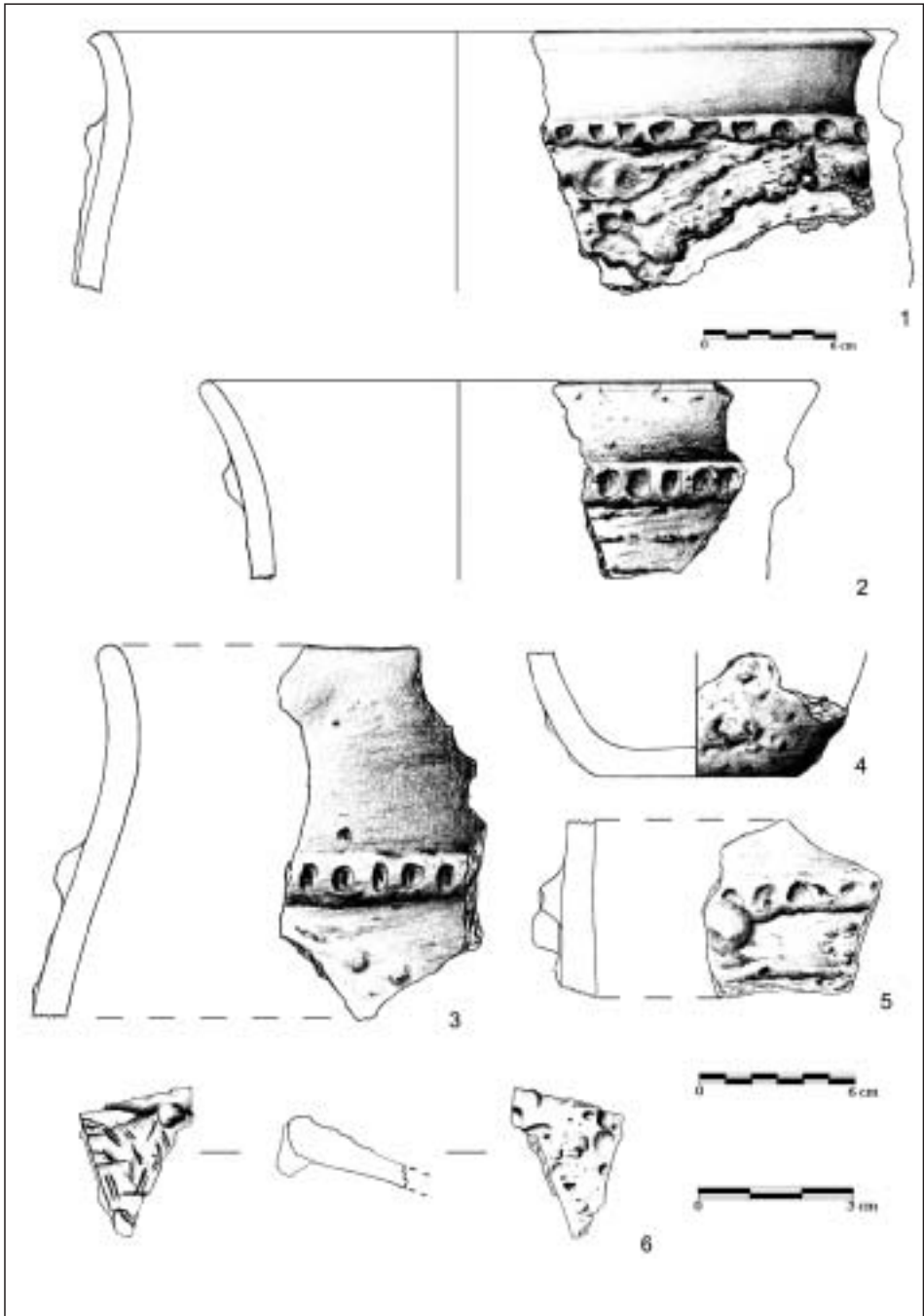


Fig. 6. Covaza. Cerámica con barro plástico

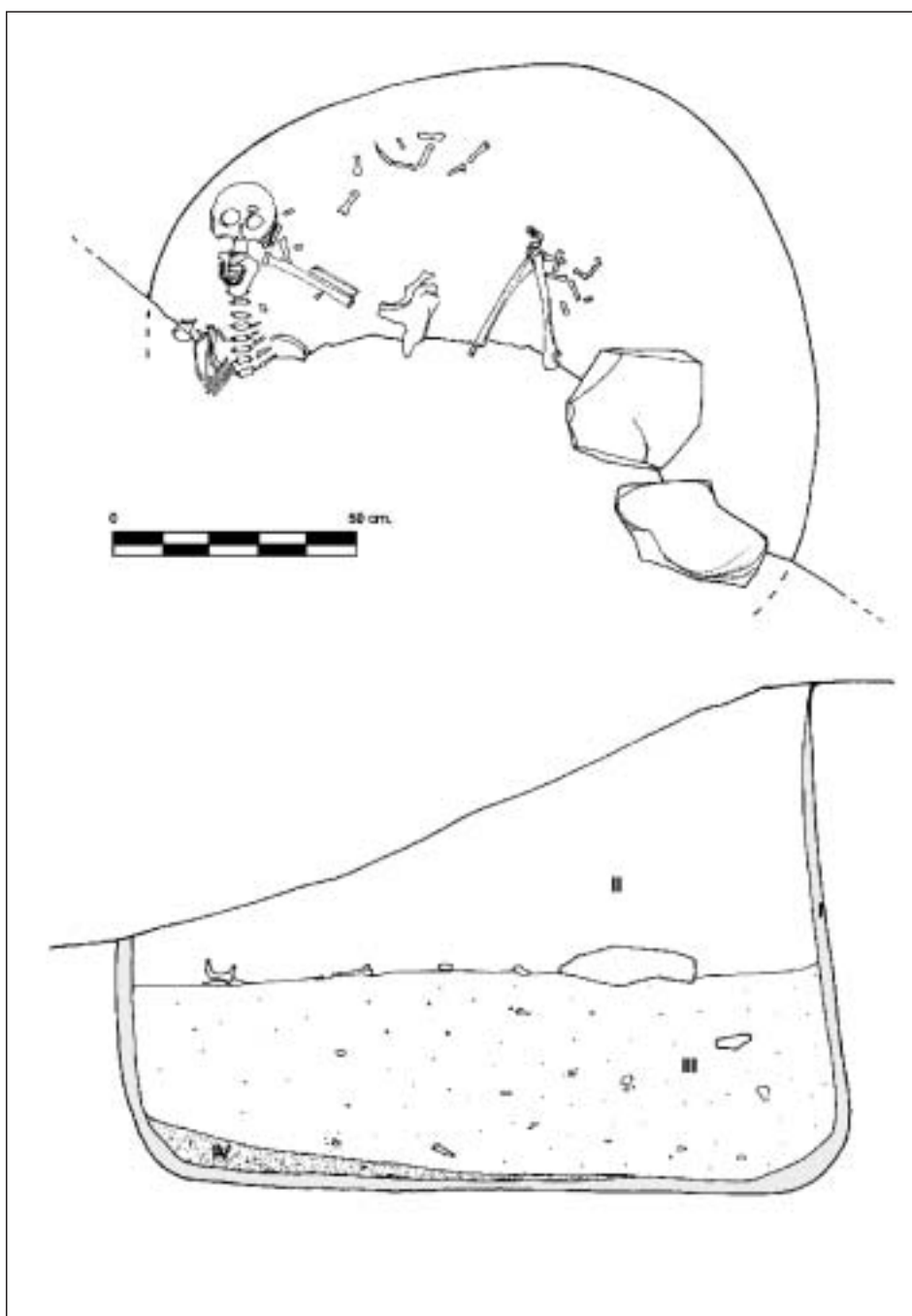


Fig. 7. Picarana: planta del enterramiento en fosa y corte estratigráfico de la misma

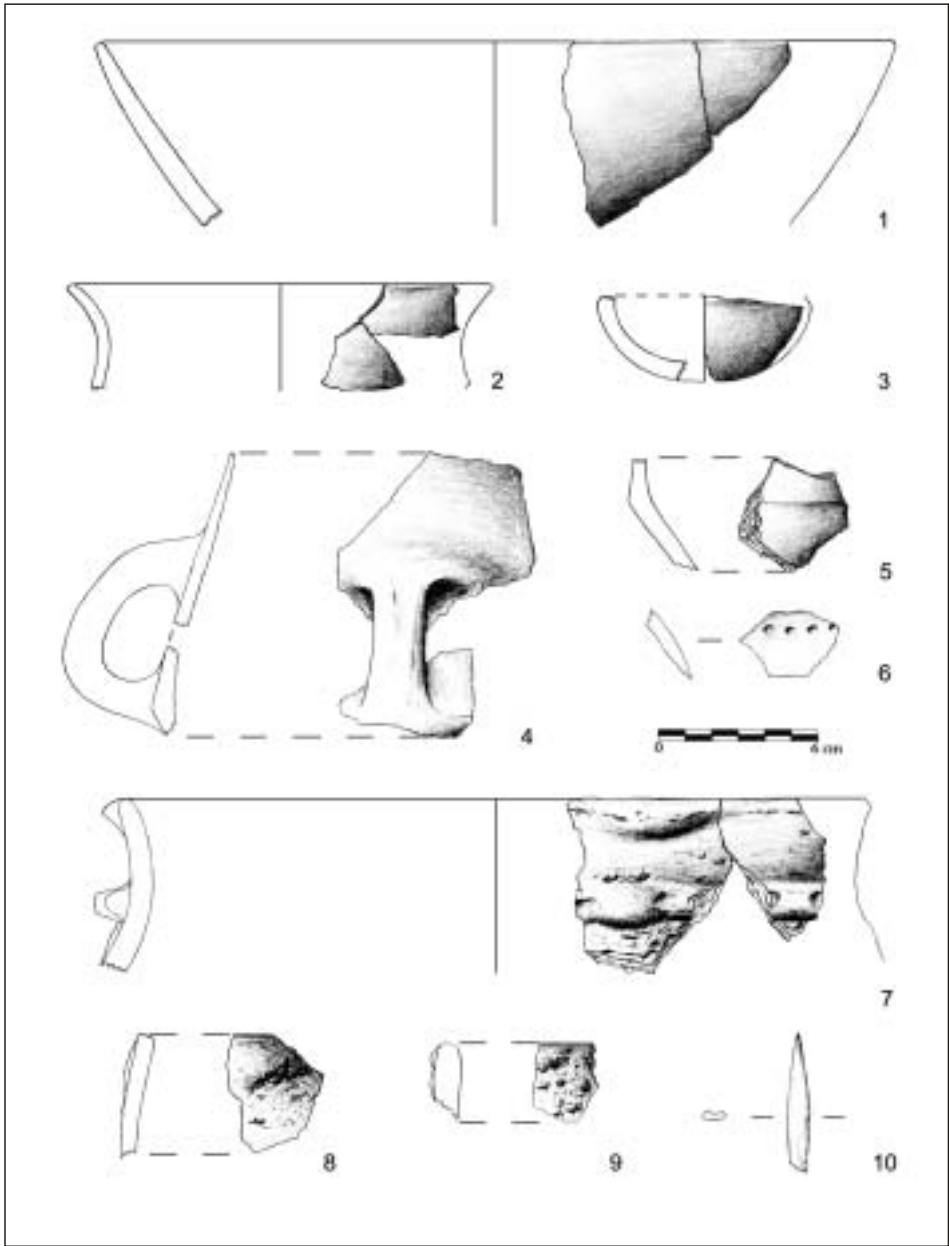
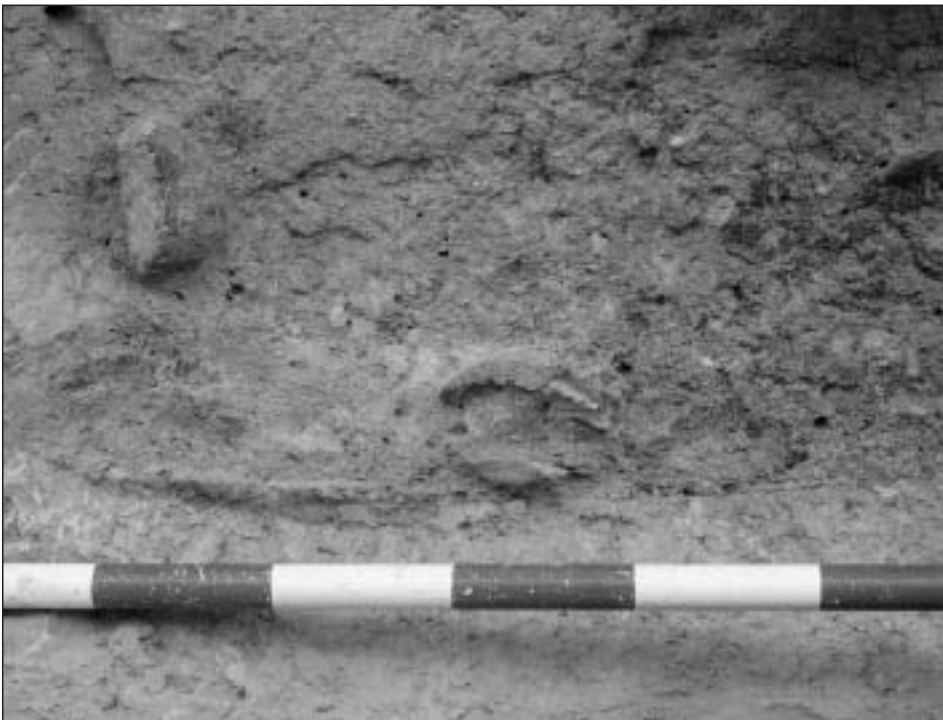


Fig. 8. Materiales de Picarana



Lám. 1.1. Covaza. Restos constructivos con cabecera absidal en el área A



Lám. 1.2. Covaza. Corte provocado por el barranco. Suelo de habitación con restos de manteado y un colador



Lám. II.1. Covaza. Piedras hincadas en el corte estratigráfico natural del área B



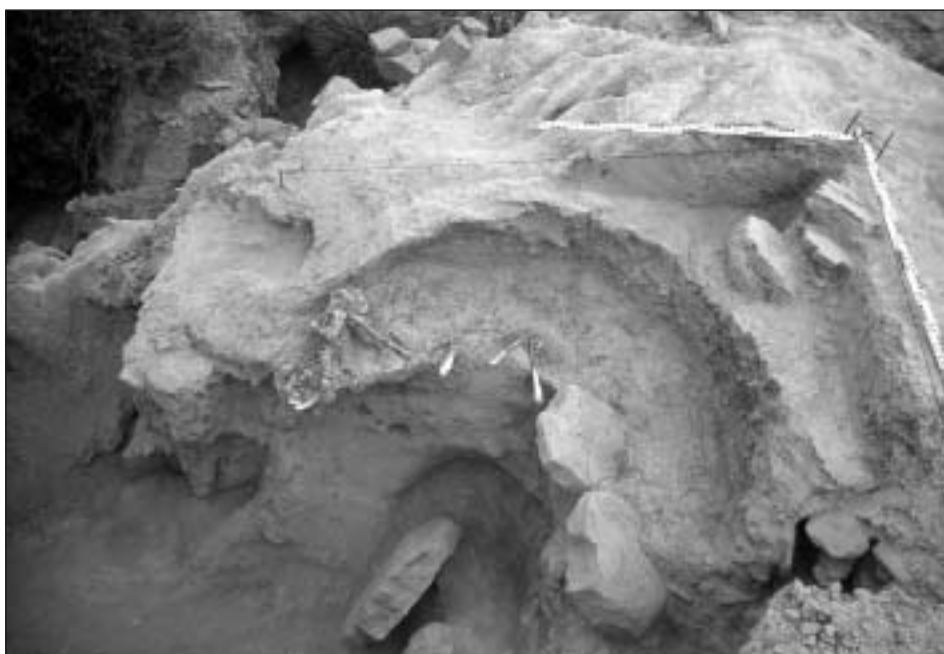
Lám. II.2. Covaza. Estructura de piedras hincadas C3



Lám. III.1. Covaza. Niveles arqueológicos en el corte generado por un barranco y proceso de desplome del paquete estratigráfico



Lám. III.2. Picarana. Restos de construcciones arruinadas.



Lám. IV.1. Pícarana. Inhumación en fosa en proceso de excavación